

Doña Aritmética torció á la derecha vivamente. Apresuré el paso para seguirla de cerca. Ella delante, yo detrás, penetramos en una travesía corta, en cuyo fondo vi el resplandor rojizo de una herrería. Allí se metió la dueña, y yo, sin saber ni pensar lo que hacía, me colé tras ella. Dentro de la negrura en que lucían con viva lumbre las llamas de la fragua, los hierros al rojo y las chispas que al golpe de los martillos saltaban, quedéme absorto y paralizado. Por más que miré en derredor mío no vi á *Doña Aritmética*. Dos hombres hercúleos, con mandiles de cuero, trabajaban en el yunque; un mozo fornido metía los hierros en la fragua, y un guapochico de tizado rostro tiraba de la cadena del fuelle.

Yo no sabía qué decir. Por fin me decidí á preguntar tímidamente si había entrado allí una señora de tales y tales señas. Nadie me contestó; llegué á creer que nadie me veía; los cuatro siguieron trabajando como si no hubiera entrado nadie. Repetí mi pregunta con el mismo resultado negativo. Acordéme entonces de que la Madre me dijo en ocasión reciente que para ser hombre y no muñeco deb.a yo conservar el saber adquirido, completándolo con el vigor físico que dan los trabajos más duros. Pensando en esto llegué á imaginar que me hallaba en un recinto encantado, bajo el dominio de la Madre augusta y eterna, educadora de las naciones.

XXVII

Mi perplejidad y azoramiento me causaban una molestia enfadosa. Viendo que no hacían caso de mí, cual si yo fuera un ente invisible, quise llamar la atención de aquellos cíclopes con gesticulaciones violentas y gritos atroces. Entonces, uno de los herreros dejó á un lado su martillo y la pieza que forjaba, y se llegó á mí risueño. Al ver que al fin había logrado hacer acto de presencia, creo, señores míos... no estoy seguro de ello... creo que me expresé de este modo: «Pero los que aquí trabajan ¿son hombres ó qué diantres son?» Antes de contestarme, el forjador se quitó el mandil de cuero dejando ver un tórax espléndido, cual yo no lo había visto nunca en carne mortal. La cabeza y el rostro eran de una hermosura sólo comparable á la que nos ha transmitido la estatuaría helénica.

Con bondadoso acento me dijo aquel que diputé por superior á la estirpe humana: «Ya sé á qué vienes. La que manda en ti te propuso que fueras herrero y sabio para ser hombre y no muñeco. Pero yo advierto que eres demasiado endeble para emprender tarea tan ardua. Sería preciso que te dejaras construir de nuevo. Yo y mis compañeros de trabajo somos forjadores de los caracteres hispanos del porvenir. ¿No comprendes esto?... Pues

has de saber, hombrecillo de obcecado entendimiento, que estos hierros son resortes para las voluntades, que no han de doblarse ni romperse. Luego verás cómo trabajamos el acero y otros metales, que han de dar resistencia á los corazones y solidez á los cráneos donde se alberga el pensamiento.»

Continuaba yo privado de opinión sobre cosas tan inauditas. Con fugaz razonamiento me dije: «Por Júpiter, que este ensueño es más dislocado y delirante que cuantos hasta ahora me depararon los espíritus jugueteros.» Y antes que yo pudiera escudriñar la razón de aquel extraordinario prodigio, el hombre perfecto de cuerpo y rostro me cogió por el brazo ó por el pescuezo, y llevándome como en vilo, me condujo á otra estancia más grande, en la cual vi dos filas de hombres membrudos y atléticos, que trabajaban en diferentes operaciones de lima, torno y pulimento de metales. Pasando entre ellos pude observar la majestuosa estatura del forjador, comparada con la mía. Con tacones y sombrero, yo le llegaba poco más arriba del codo.

Entramos en un aposento reducido, iluminado por luz cenital. En el centro había una mesa de hierro con tazas y ánforas griegas. Por indicación de la estatua viviente nos sentamos. Oí en derredor mío un musitar festivo de voces femeninas. Manos invisibles nos sirvieron un divino néctar que debía de ser *Falerno*. Cuando se aproximaban las fantásticas servidoras creí vislumbrar un asomo de facciones humanas, vagamente apreciables á

la vista. Me volví y dije: «¿Eres tú *Grazie-lla?*» Risillas burlonas sonaron alejándose en el aire vago.

La ingestión del vino de los Dioses produjo en mí una súbita iluminación del espíritu, un gozo chispeante, una conformidad expansiva con lo que me pasaba. «Caballero forjador—dije al que ya consideraba como amigo;—confiado en su amabilidad le suplico me saque de una duda. Yo entré en la herrería siguiendo á una señora madura á quien conozco con el nombre de *Doña Aritmética*. Traspasé la puerta un segundo después que ella y no la vi. ¿Puede usted decirme á dónde ha ido esa señora y el cómo y porqué de desaparecer tan pronto?

—Esa calle por donde has venido—me contestó el hombre de perfectas hechuras—es incómoda y casi intransitable en el trozo más alto. Las personas que tienen que ir á la escuela de párvulos hallan por aquí acceso más fácil, pues sólo un patio, como verás, separa este taller del taller de Floriana. La gran Maestra, imposibilitada de trabajar en el magno colegio que se hizo para ella, no quiere estar ociosa, y en este barrio mísero ha establecido una escuela humilde, para educar á los niños más pobres y desamparados de la ciudad.

—Bien clara es ya para mí la ruta de *Doña Aritmética*, y ahora comprendo el magnetismo que á estos lugares poderosamente me atraía. ¿Me permitirá usted, señor coloso, que salga yo á ese patio, por lo

menos, para ver desde allí el recinto escolar donde la Diosa cría las inteligencias del mañana?»

Levantándose me dijo el artifice de voluntades: «Ven conmigo y verás.» Salimos... no sé si por una puerta ó por una de esas paredes que permiten la filtración de bultos corpóreos... salimos, digo, al patio, que era irregular, con empedrado menudo y muy bien barrido, completamente llano. Avanzamos luego por un espacio trapezoidal, limitado por medianerías y anexos de casas mezquinas. El patio se angostaba después para ensancharse en una especie de plazoleta. Sorprendióme la pulcritud del empedrado, que indicaba la acción constante de hacendosas manos femeniles. Pero más que esto me sorprendió que nuestros pasos no hacían ni el más leve ruido sobre las piedrecillas, como si éstas fueran pelotas de lana.

En la plazoleta vi unas cuerdas en las que estaba tendiendo ropa *Doña Gramática*. Temblé ante la personificación de la sintaxis enroscada y regurgitativa; pero mi temor se disipó al instante porque pasamos frente á ella, como á dos palmos de su cara, y no nos vió. Traspassedo el cortinaje que formaban las sábanas y manteles puestos á secar, vi unas ventanas bajas, y llegó á mi oído un runrún leve de voces infantiles. Allí estaba la escuela.

Repetióse el fenómeno anterior. No puedo decir si entramos por una puerta ó por un muro de materia tan tenue que daba paso á

los cuerpos. La escuela era grande, de techo bajo, con pies derechos de madera sin pintar, y trazas de un viejo almacén ó depósito de efectos navales. Aún quedaba en él un ligero tufillo de brea. Entre niños y niñas parecióme que había poco más de veinte, todos muy pobres, descalzos la mayor parte, mal vestidos, algunos harapientos y desgredados.

En el centro del local vi á Floriana, vestida de azul oscuro. Dulce palidez melancólica advertí en su rostro estatuario. Su frente, de proporciones exquisitas, me deslumbró cual si de ella irradiara una claridad que iluminaba el mundo. En derredor de la divina Maestra, un enjambre de pequeñuelos de ambos sexos recibía las primeras migajas del pan de la educación. Les enseñaba las letras y los sonidos que resultaban de unir una con otra. A unos les corregía con gracejo, á otros con besos les estimulaba; á los más chiquitines les sentaba sobre sus rodillas, metiéndoles en la cabeza, como por arte mágico, las cinco vocales. Allí no había palmeta, ni correa, ni puntero, ni ningún instrumento de suplicio. Había tan sólo cariño, halagos, persuasión, y un extraordinario poder espiritual para encender en el cerebro de las criaturas las primeras lucecitas del conocimiento. Un sacerdote santo dando la comunión á los fieles, en las catacumbas, no me hubiese inspirado mayor respeto.

Divagamos por el aula con la libre curiosidad de fantasmas que gozan el precioso don de ver sin ser vistos... En el fondo del local

vi á la simpática *Doña Caligrafía* bregando con las niñas y niños mayorcitos que, llenándose los dedos de tinta y alargando los morros, trazaban palotes, rudimento inicial de la escritura... Llegó el momento del descanso, que fué consuelo de aquellas pobres almitas oprimidas por la grave atención.

Llevando de la mano por racimos á sus chiquitines, Floriana salió á un patinillo donde había un naranjo raquíico y unos girasoles mustios. Allí todos, chicos y medianos, se soltaron á correr y á jugar. Algunas niñas, que habían dejado allí sus *peponas*, las recogieron y empezaron á zarandearlas con alegres cantos maternos. Los chicos tiraban de peonzas y pelotas. En un rincón del patinillo, *Doña Aritmética*, delante de un gran barrero lleno de agua, lavaba las caras mocosas y sucias de algunos. En lugar próximo, *Doña Geografía* se encargaba de peinar á otros las enmarañadas greñas, donde no era raro encontrar habitantes. Después entró *Doña Gramática*, trayendo la merienda que entregó á Floriana para que la repartiese: era pan y *aladroque*, que comieron los chiquillos con la gazuza que supondréis.

Luego vinieron los regalitos; á los pequeños descalzos, con los pies llenos de mataduras, les puso Floriana por su mano alpargatitas nuevas; á una niña muy aplicada que en pocos días había aprendido á deletrear, obsequió la Maestra con una *pepona* muy lozana, con camisa, y chapas de bermeillon en los mofletes; á un rapaz espigado y

listo, que ya trazaba *úes* y *emes* con rara perfección, le regaló una cajita de colores, pincel y lapicero. Entró *Doña Caligrafía* con un ramo de flores que la Maestra repartió entre las chiquillas, poniéndoselas en el moñete ó en el pecho... «Adiós; hasta mañana»... Besos, cariños, alegría, risas que eran como un himno á la Enseñanza, y desfiló aleteando la infantil bandada.

XXVIII

Ya no vi más, porque el divino forjador me sacó del patinillo, no sé cómo ni por dónde, y me encontré con él en lo alto de una calleja de tan áspera pendiente que más parecía despeñadero. Pensaba yo en los volatines que tenía que hacer para el descenso cuando el titán me cogió en brazos, como si yo fuera un monigote de papel, y me bajó hasta un rellano donde había un pretil. Debajo del pretil se veía la muralla, y más abajo el mar.

Nos sentamos los dos. No pude yo expresar mi estado de espíritu más que con un suspiro, tan hondo y grande como si con él echara toda mi alma. El atleta me miró atentamente, y sus labios de mármol pronunciaron estas palabras desgarradoras: «Floriana es mi novia...»

Ni para temblar me quedaron fuerzas después de oído esto. El corazón se me achicaba, y llegué á sentirlo del tamaño de una nuez

cuando el varón estatuario remató así su concepto: «Mi novia es, y ningún mortal puede aspirar á su amor... Te lo digo en el lenguaje vulgar de tu tiempo, y traduzco el lenguaje eterno, para que pueda ser por ti fácilmente comprendido. Las divinidades que gobiernan el mundo han dispuesto que el Fuego plasmador se una en coyunda estrecha con la Feminidad graciosa y fecunda, para engendrar la felicidad de los pueblos futuros. Antes que acabe esta generación se ha de ver en pos de Floriana un enjambre de mil niñas, que al llegar á la edad juvenil encarnarán la belleza, la ternura, la gracia y sutileza educativa que has admirado en la excelsa regidora de esa humilde escuela. Cada una de esas mil criaturas, hijas de Floriana, dará al mundo otras mil. Ya puedes comprender que con un millón de maestras como ésta que has visto, tu patria y las patrias adyacentes serán regeneradas, ennoblecidas y espiritualizadas hasta consumir la perfecta revolución social.»

Atontado escuché... Hallábame, como si dijéramos, henchido de resignación... Nada se me ocurría que pudiera ser digna respuesta á predicción tan sublime... Yo, Tito Liviano, el hombre raquítrico, enclenque, de ruin naturaleza, residuo miserable de una raza extenuada, politicastro que pretendía reformar el mundo con discursos huecos, con disputas doctrinales, fililés retóricos y dogmáticos requilorios, me sentí tan humillado, que anhelé con toda mi alma huir de la compara-

ción con aquel sér titánico de infinita grandeza... Me levanté, y con la frase más vulgar del lenguaje de mi tiempo le dije: «Ya debo retirarme. Adiós, señor.»

Al dar el primer paso vi bajo mis pies una escalera quebrada, empinadísima, en cuyo fondo adiviné un abismo. Viéndome perplejo, el hermoso gigante tiró de mí diciendo: «Por aquí bajarás mejor.» Se volvió hacia la muralla y me arrojó por un inmenso talud ó escarpa de inconmensurable altura. «¡Adiós, Tito—me dije,—que aquí pereces!...» Contra lo que pensaba, descendí con suave rapidez como si la pendiente fuera de algodones, y caí de pie en la playa, sano y salvo, sin contusión ni rozadura, sin polvo ni el menor desperfecto en mi ropa.

XXIX

Al retirarme, vi en mi mente con absoluta claridad que mi papel en el mundo no era determinar los acontecimientos, sino observarlos y con vulgar manera describirlos para que de ellos pudieran sacar alguna enseñanza los venideros hombres. De tales enseñanzas podía resultar que acelerasen el paso las generaciones destinadas á llevarnos á la plenitud de los tiempos. Seguí, pues, en mi atalaya histórica, y presencié friamente sucesos culminantes que imprimieron mayor interés y bizarría á los anales del Cantón.

Pero me falta espacio para referiros lo que observé en los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre del 73 y la mitad de Enero del 74, por lo cual solicito de vuestra benevolencia un período de higiénico descanso, que no ha de ser corto si me obligo á contaros el bloqueo de Cartagena, con los reñidos combates navales de aquellos interesantes días; el asedio que puso á la Plaza un Ejército Centralista, mandado por el General López Domínguez; el lastimoso asesinato de la República, muerta el tres de Enero á manos del General Pavía, y después, el dramático desenlace y acabamiento del Cantón, con la fuga de sus temerarios caudillos á las playas africanas.

Ya metidos lectores y narrador en la jurisdicción del 74, seguiremos tan campantes al través de la intrincada manigua de las desgarradoras contiendas civiles, hasta parar en aquella fatalidad histórica que abominamos, no sin reconocer que nuestra incorregible tontería fué Razón transitoria de una Sinrazón que ya ¡vive Dios! va durando más de la cuenta.

FIN DE LA PRIMERA REPÚBLICA

Madrid.—Febrero-Abril de 1911.

En preparación.

Para fines del corriente año

DE CARTAGO Á SAGUNTO

tomo 45 de los *Episodios Nacionales* y 5.º de la serie final.

Para 1912

CÁNOVAS

tomo 6.º de la serie final.



